

nunca, siempre es el mismo; con el oro se tiene todo: el oro es la juventud, la belleza, el poder: ¡oh, sí, sí! el oro antes que el amor.

No podía darse una teoría mas repugnante del materialismo.

Aquellos dos miserables se entendieron perfectamente, y Ben-Tayde se quedó en la casa de Josías.

## CAPITULO VIII.

DE CÓMO UN HOMBRE PUEDE SER COGIDO DE LA MISMA MANERA QUE  
ÉL PRETENDIA COGER.

### I.

Desde el momento en que Jusepillo salió de la hospedería del Verdugo, estuvo espiada por los hampones la casa de Josías.

Este espionaje no cesó durante todo el día siguiente.

Sentado en la calle Real estaba un mendigo.

De tiempo en tiempo, otro mendigo ó un hampon ó un truhan, pasaba y cruzaba una rápida palabra con el mendigo que cantaba con voz plañidera suplicaciones, á poca distancia de la casa de Josías.

Este nada estrañó, porque el mendigo acostumbraba á ponerse allí con suma frecuencia.

Hacia el oscurecer, una mujer envuelta en una mantellina blanca, vestida de blanco, como de luto, se ocultó á la salida de la calle Real, bajo el soportal de una de las casas de la plaza.

Otro mendigo se habia unido al que todo el dia habia estado observando la casa de Josías.

Al fin, cuando ya era oscuro se abrió la puerta de la casa del platero y salió Ben-Tayde, que tomó por la calle Real hácia la puerta de Granada.

Inmediatamente, el que se habia unido al mendigo partió á la carrera, llegó al soportal donde estaba la mujer enlutada, y la dijo:

—Ven María, ven, nuestro hombre va por allá abajo.

María, que era ella, la hija de Juan el Garfio, levantándose un tanto la falda para poder correr, siguió por la calle Real abajo y al fin divisó á Ben-Tayde, que haciendo resonar sus espuelas y con aire y compas de hombre de poder, adelantó hácia la puerta de Granada, ó del Moro, llamada tambien así porque miraba á la inmediata frontera.

La Peña de Martos se levantaba como un espectro entre la sombra, á alguna distancia.

En el momento de salir Ben-Tayde al campo, le alcanzó María.

—Caballero, le dijo, caballero, oid por piedad.

Fuera de la puerta habia en un nicho un *Ecce-homo* alumbrado con una candela.

María se llevó á Ben-Tayde hácia el *Ecce-homo*, á fin de que pudiese verla.

Ben-Tayde, que era muy impresionable por la hermosura, se asombró de la de María, que como ya hemos dicho, era estremada.

—¿Qué me quereis? la dijo.

—¿Amparadme! contestó María poniendo la cara mas afligida del mundo.

—¿Pues qué os sucede, dijo Ben-Tayde, que necesitais que se os ampare?

—¿No veis que llevo luto? contestó María.

—Sí, sí que lo veo, dijo Ben-Tayde: ¿qué desgracia os ha sucedido?

—Mi padre ha muerto sirviendo al rey en el cerco de Alcau-

dete, mi madre ha muerto tambien de sentimiento, me he quedado sola y huérfana; he ido á pedir amparo al rey y no me han dejado verle; he estado todo el dia esperando por ver si el rey salia, para hablarle en la calle, pero el rey no ha salido, y como es de noche me vuelvo á mi casa antes de que cierren las puertas.

—¿Pues qué no vivís en la villa?

—No señor, vivo en una alquería poco distante.

—¿Y os vais sola?

—A mí me conoce por aquí todo el mundo y no tengo miedo.

—Entonces ¿por qué me habeis pedido que os ampare?

—¿Ah! porque me habeis parecido un noble caballero que deis privar mucho con el rey, y podeis hacer por mí lo que no han querido hacer otros á quienes he suplicado.

—¿Oh, sí! yo soy mucha cosa del rey, dijo de mala fé Ben-Tayde, porque le habia irritado la escesiva hermosura de María; el rey hará por vos lo que yo le pida, y os podeis contar por doncella de la reina, si eso quereis.

—¿Oh, Dios mio, qué felicidad si eso fuera!

—¿Bah! tenedlo por hecho; pero continuad: voy á acompañaros.

—Bien, os lo agradezco, dijo ella; pero antes de llegar á la alquería habreis de dejarme; porque ¿qué dirian los vecinos que me vieran llegar con un hombre á quien no conocen?

—Bien, os acompañaré hasta cerca del caserío; cabalmente mas allá de la Peña me están esperando con mi caballo mis escuderos, porque esta noche voy á Alcaudete á llevar un mensaje del rey á su hermano el infante don Pedro.

Y emprendieron la marcha.

## II.

—¿Y os habeis quedado completamente sola en el mundo? dijo Ben-Tayde.

—Sí señor, contestó María; sin un pariente siquiera, pero con alguna hacienda.

—¿Y no teneis novio?

—¡Ay, no señor! soy muy jóven, apenas cuento quince años, y no pienso todavía en esas cosas.

—¡Ah! ¿con que estais sola en el mundo y teneis hacienda y no teneis novio? pues si me quisiérais, me casaba con vos.

—¡Ah! no lo digais así de ese modo, como quien hace un favor, dijo María; que yo soy de tan buena alcurnia que mas alto que mi padre no se ha puesto nadie, ni que mas respeto haya causado.

—¿Y qué era vuestro padre?

—Mi padre se mantenía de un juro de heredad, y era mucha cosa del rey; como que el rey no podía vivir sin él; ¡ya lo creo! el rey, para ser rey, le necesitaba á cada paso.

—¿Y cómo se llamaba vuestro padre?

—Juan Grafíel.

María alteraba el apellido Garfío.

—¡Grafíel! ¡Grafíel! no conozco ese apellido.

—Pues mirad, es muy conocido en esta tierra; bien se conoce que no habeis venido á ella hasta ahora.

### III.

A todo esto iban ya cerca de la planicie que se extendía al pié de la terrible tajadura de la Peña.

—¿Sabeis que me habeis enamorado? dijo Ben-Tayde.

—Yo me alegro mucho de ello, contestó María, porque así me servireis mejor para lo que necesito; y digo, que me parece que me habeis servido ya, añadió cambiando de tono y dejando oír su acento natural, desvergonzado, impudente.

Y de improviso, dió una rápida huida.

Tres hombres, espada en mano, formaban un triángulo, en cuyo centro se encontraba Ben-Tayde.

—¡Ah! exclamó este echando mano á su espada y desenvainándola; hé aquí una infame traicion: ¡y que esto me pase á mí!

—¿Y qué teneis que estrañar de esto, don Ayesa, dijo Zancudo, si vos sois el traidor de los traidores, el infame de los infames?

—¡Teneos! dijo el Zurdo, viendo que Ben-Tayde se hacia atrás para arremeter; si dais un paso, os doy por el costado.

—Y yo por este otro, dijo Jusepillo.

—¿Qué se quiere de mí? exclamó dominado Ben-Tayde.

—Lo que se quiere de vos, contestó Zancudo, es que me pagueis á mí, á don Melchor Zancudo, infanzon, señor de Carcavilla de las Batuecas, las felonías que me habeis hecho, mal alcaide de los escuderos del mal infante don Juan, que está sentenciado á morir de mala muerte como vais á morir vos esta noche. ¡Ah! ¡ah! ¿con que vos fuísteis el que matastes á Juan Alfonso de Benavides, á traicion y de mala manera, y no habeis sido capaz de decir á vuestro amo que diga al señor rey que los Carvajales eran inocentes?

—¡Ah! os envian los cobardes Carvajales, exclamó Ben-Tayde, y creéis que vais á asesinaros impunemente; lo veremos.

—Aquí no se trata de asesinaros, señor mio, dijo Zancudo, sino de mataros frente á frente y de solo á solo; pues qué, ¿creéis que á mas de lo que habeis hecho con los Carvajales, se me ha olvidado á mí aquella tarde en que hablasteis conmigo y con otro aquí presente, en el arrabal de los Molinos de Valladolid, en el burdel de Marilinda, y el chasco que nos dísteis no asistiendo á vuestra cita en la capilla de Nuestra Señora del Cármen, y que habeis estado constantemente tendiendo asechanzas á mi señora la infanta doña María de Granada? Y aunque nada de esto hubiera, pícaro audaz, ¿creéis vos que yo puedo perdonaros el mantazo que me dísteis anoche en los ojos, que los tengo todavía irritados y doloridos?

—Pues es que esta noche os mato, dijo Ben-Tayde.

Y apenas pronunció estas palabras, se llevó á los labios una bocina y tocó poderosamente.

—¡Ah! dijo el Zurdo, tiene cerca quien le ayude.

Y tiró una estocada á Ben-Tayde, que atento á todo, dió un salto, pero como estaba cercado, le alcanzó de una parte una estocada de Jusepillo y de otra un furioso tajo de Zancudo.

—Echémonos fuera, échemonos fuera, y á la villa, dijo el Zurdo: ¿no veis que suenan algunas otras bocinas contestando á la de este pícaro?

No era prudente esperar.

Los que venian podian ser muchos en número.

Zancudo lo comprendió, y dió á correr detrás del Zurdo y de Jusepillo, que iban que volaban.

Ben-Tayde habia caido.

Muy pronto algunos hombres llegaron al sito donde Ben-Tayde estaba.

—¡Aquí! ¡aquí! dijo este con voz ronca y terrible, pero fatigosa; venid, venid acá, que me queda muy poca vida: me han asesinado: ¡ah! me han asesinado de órden de los hermanos Carvajales; ¡ah! oye tú, Pero Sanchez, Pero Sanchez, oye: los hermanos Carvajales me han asesinado, porque yo fuí testigo de la muerte alevosa que dieron al señor Juan Alfonso de Benavides: han enviado á tres hombres para que me asesinen: me han echado una mala mujer para que me engañe y me traiga á este sitio: esos hombres..... ¡ah! no puedo.....

La voz de Ben-Tayde se habia ido apagando rápidamente.

Sus palabras cada momento habian sido mas entrecortadas.

Al fin, solo se oyó un ronquido horroroso.

Luego, un vómito de sangre lo terminó todo.

—¡Muerto! exclamó con ira el escudero de Ben-Tayde con quien este habia hablado, es decir, Pero Sanchez; ¡sin saber quién le ha muerto! ¡y qué hacemos, amigos?

—¿Qué hemos de hacer? don Ayesa estaba de oculto en Martos, contestó otro; no me parece prudente ir á avisar al concejo de la villa: no se sabe quiénes son los que le han matado, y podrán prendernos á nosotros: lo mejor es montar á caballo y cor-

rer hasta Kalat-Raab, y decir á nuestro señor todo lo que nos ha dicho don Ayesa.

—Sí, sí, eso es lo mejor, dijo Pero Sanchez.

Y aquellos seis hombres se pusieron en marcha.

Doblaron la Peña, y al pié de ella de entre unos árboles tomaron sus caballos, mas otro que era el de Ben-Tayde, montaron, partieron al galope, y se perdieron entre las sombras de la noche.